

yenda de la Alemania sentimental y pensadora. Ceguedad acerca de los hechos, pues nadie había querido creer en la derrota, ni después del descalabro de Froeschviller, ni después del desastre de Sedán, ni aun después de la capitulación de Metz. Ceguedad respecto á las ideas, pues Francia creyó en el deber de auxiliar á las demás naciones, en las nacionalidades rehechas, en las poblaciones libertadas y agradecidas. Y la obra realizada se volvía contra los franceses. Ceguedad respecto á Europa, pues la nación que se creía amada resultaba ser aborrecida. La apoteosis de Bismarck llenaba el mundo. El general Trochu, el jefe responsable de la defensa, dijo haber creído hasta el último momento en la intervención de la República americana... Abiertas las puertas de París, el general se enteró de los telegramas del presidente Grant.

Imprevisión, incapacidad, ruina, triunfo de la fuerza sobre el derecho, entrega de un pueblo como un rebaño, sin previa consulta, ¡qué terrible despertar!

Y ahora había que empezar de nuevo á vivir. ¿Sería posible recoger los despojos y reconstituir las ruinas? ¿Se recuperarían fuerzas, sangre suficiente, después de tanta sangre derramada? El enemigo ocupaba el país, instalado para mucho tiempo. Las ciudades, empobrecidas, no conocían ya más que el papel moneda; el rescate iba á ser enorme; faltaban brazos y los hombres estaban aún lejos. Y ¿cómo aceptar el sacrificio supremo, el desmembramiento ya entrevisto, las dos hermanas arrancadas del hogar, la separación impuesta y cuya sanción, era indispensable para obtener la paz? ¿Quién se atrevería á debatir el cruel sacrificio? ¿Quién se atrevería á firmar el pacto impío? Francia experimentaba las angustias de otra crisis suprema en el momento de verse obligada á recobrar sus sentidos y á crearse un nuevo gobierno.

En medio de tan crueles inquietudes se habían verificado, bajo la vigilancia del enemigo, las elecciones del 8 de febrero de 1871.

Las comunicaciones postales estaban prohibidas en cuarenta y tres departamentos, y en todo el territorio ocupado la circulación era poco menos que imposible. En esta parte del territorio, los decretos electorales fueron publicados por medio de las autoridades alemanas.

En medio del universal desconcierto, ¿cómo había de ser posible ponerse de acuerdo sobre las instituciones que convenía dar á Francia? En medio del universal dolor, ¿cómo había de ser posible substraerse á la preocupación que agobiaba á todos los espíritus? Paz ó guerra: no podía ser cuestión de otra cosa. Apenas se vislumbraba el porvenir inmediato.

En 8 de febrero de 1871, Francia se encerró, pues, en el dilema planteado por el artículo 2.º del convenio de armisticio: «El armisticio así concluido tiene por objeto permitir que el gobierno de la defensa nacional convoque una asamblea libremente elegida que se pronunciará sobre la cuestión de saber si ha de continuar la guerra ó en qué condiciones ha de hacerse la paz.»

Puede decirse que en provincias no se pensó en otra cosa. París fué el único punto en que los candidatos publicaron profesiones de fe. Enfrente de las proclamas belicosas de algunos, se fijaban candidaturas francamente tituladas *Listas de la paz*. La cuestión política queda relegada al segundo término, si bien se halla re-

lacionada con la cuestión de guerra ó paz, por cuanto los jefes del partido republicano se han declarado firmemente por la guerra á todo trance.

Los republicanos pensaban que aun había que hacer un esfuerzo, opinando que la caída de París no comprometía á Francia. Contaban con la dificultad, para el enemigo, de ocupar militarmente todo el país, y calculaban que á Alemania le costaría trabajo continuar por mucho tiempo un esfuerzo capaz de agotar todos sus recursos. Invocaban el recuerdo de las guerras de guerrillas; contaban con una defensa más enérgica en el Morván, en la meseta central, en la Auvernia y en las plazas del Norte; querían interesar aun más el Mediodía y el Oeste en la lucha; pensaban que los hombres de Estapo alemanes estimarían conveniente concluir la paz; creían que Europa iba á conmovirse; en una palabra, no se decidían á romper con los precedentes famosos de las épocas revolucionarias: «Lo que Francia necesitaba, decía una de las últimas circulares de Clemente Laurier, director general del personal, á los prefectos, es una asamblea que quiera la guerra á todo trance y que esté decidida á hacerla.»

Hay que reconocer que este lenguaje entusiasta ya no producía efecto en la gran masa del país. Para obrar, Francia necesitaba esperar y ser gobernada, y la esperanza faltaba y la autoridad era discutida. En todas partes, bajo la dirección del clero y de las autoridades municipales y cantonales, descontentos de la disolución de los consejos generales, pronunciada en diciembre de 1870, se constituyeron comités que formaron candidaturas de coalición sobre la base de la paz.

Por la fuerza de las cosas, los electores se hallaron inclinados hacia una categoría de candidatos animados, en su mayoría, de sentimientos moderados y liberales, pero afectos, por su pasado y sus tradiciones, al principio monárquico. Nadie les había preguntado cuál era su bandera; bastaba que enarbolasen el guión blanco de los parlamentarios.

La serie de revoluciones por que Francia había pasado en el transcurso del siglo, había dividido el país en cuatro grandes partidos rivales: bonapartistas, republicanos, orleanistas y legitimistas.

A juzgar por el plebiscito de 8 de mayo de 1870, el partido imperialista debía ser el más numeroso en el cuerpo electoral. Sus jefes ocupaban la mayor parte de las situaciones oficiales en los pueblos. Sólo habían desaparecido de las grandes capitales, desde el 4 de septiembre; sin embargo, los hombres influyentes permanecían en el país. Tenían la costumbre de conducir el sufragio universal á su antojo. Pero, precisamente porque mandaban en nombre del poder, estaban hechos á la obediencia. Habiendo desaparecido con la dinastía toda la administración imperial, los bonapartistas se encontraban sin guía y sin brújula. Las responsabilidades que pesaban sobre los que; formando parte del Cuerpo legislativo, habían votado la guerra, eran demasiado graves y demasiado recientes. Los bonapartistas habían conquistado sus partidarios asegurando el orden, fomentando la prosperidad material y haciendo brillar á sus ojos el simulacro de las glorias imperiales. Pero todo esto se había desvanecido en un instante; y si aun había corazones que abrigaban fidelidad, esperanzas y pesares, no se atrevían á manifestarlos. El partido bona-

partista se retrajo de los comicios, y las masas electorales que habían regimentado anteriormente se encontraron abandonadas á sí mismas.

Descartado el bonapartismo, quizá era el partido republicano el que más influencia tenía en la opinión. Estaba en el poder y esto da siempre gran fuerza en un país tan centralizado como Francia.

La campaña de oposición realizada contra el imperio resultaba justificada por las catástrofes en que este había precipitado al país. Las mayores celebridades de la literatura y de la filosofía militaban en el partido republicano. Desde su destierro, Víctor Hugo había lanzado contra Napoleón los *Châtiments* que se hallaban en todos los labios. Las obras de Michelet, de Quinet y de Enrique Martín habían penetrado en los colegios imperiales, preparando nuevos y ardientes reclutas á la idea republicana. Los libelos de Rochefort circulaban clandestinamente ó hacían, por encima de la frontera, el contrabando de ideas. Los jefes del partido republicano de más acción eran Julio Favre, Julio Simón y Ernesto Picard, que habían adquirido una gran ilustración en diez años de lucha. La actividad desplegada por Gambetta y Freycinet en provincias compensaba un poco la disminución de prestigio que para el partido resultaba de la dirección dada á los asuntos diplomáticos y militares por el gobierno del 4 de septiembre. El conjunto de estas condiciones inclinaba ya una gran parte de la nación hacia la fórmula republicana.

Pero estas tendencias apenas osaban manifestarse. Los recuerdos del Terror, el temor de un trastorno social, las aprensiones, aun recientes, experimentadas en 1848, eran evitados por los partidarios de la monarquía. Por otra parte, el partido republicano no estaba organizado en las poblaciones rurales, donde era poco conocido de los electores, que iban á votar libremente por primera vez.

El antagonismo que surgió entre el gobierno de París y la delegación de Burdeos acerca de las condiciones, las aprensiones, aun recientes, experimentadas en 1848, eran evitados por los partidarios de la monarquía. Por otra parte, el partido republicano no estaba organizado en las poblaciones rurales, donde era poco conocido de los electores, que iban á votar libremente por primera vez.

Ni los legitimistas ni los orleanistas tuvieron que manifestar claramente sus opiniones. En torno de los castillos señoriales y de los obispados, la coalición monárquica, presentada bajo la forma algo vaga de oposición liberal, tenía una organización electoral bastante extensa, que ya funcionaba durante el imperio; organización dirigida por la comisión (*bureau*) del conde de Chambord, ó por los jefes del partido orleanista.

Desde la muerte de Luis Felipe, las dos fracciones del partido monárquico estaban entre sí algo menos divididas que antes y ya descontaban la *fusión*.

Exceptuando las regiones de Francia en que se confundía con el partido clerical, el partido legitimista era

poco popular. Familias ilustres ó antiguas, poseedoras de grandes bienes territoriales ó reducidas á una honorable pobreza; miembros del alto clero, jefes respetados á la cabeza del ejército ó bravos oficiales en los regimientos, algunos escritores, algunos magistrados y hombres de ley prudentes y piadosos, tales eran los cuadros del partido legitimista. Un desconocimiento con frecuencia voluntario de las condiciones de la vida moderna, una gran reserva en honradas costumbres, un vago pesar por el pasado y una obstinación invencible á cerrar los ojos al presente y al porvenir, un pesimismo manifiesto que procedía de la costumbre de la desilusión y de la derrota, tales eran las disposiciones y los sentimientos que constituían la fuerza y la debilidad del partido legitimista. Este obtuvo en los comicios más triunfos de los que podía esperarse de su escasa acción electoral. Sus candidatos no fueron considerados como hombres de partido; se les votó en razón de su posición personal, del valor que muchos de ellos habían desplegado durante la guerra y de sus declaraciones favorables á la paz.

El partido orleanista disponía de mayor número de electores. Los acontecimientos de 1848 no eran tan antiguos, que las personas que habían sido adictas al gobierno de Julio hubiesen todas desaparecido ó roto enteramente con el pasado. La burguesía francesa no había olvidado la autoridad que tuvo durante un reinado que fué su obra y su imagen. Recordando los felices tiempos del sufragio de los mayores contribuyentes, le costaba trabajo acostumbrarse á la soberanía del sufragio universal y al voto inquietante de las manos callosas. En su prudencia, no manifestaba mucho sus sentimientos, pero los guardaba cuidadosamente en el fondo del corazón.

En reuniones íntimas, ensalzaba los méritos de los príncipes de la familia de Orleans, los conocimientos y la humanidad del conde de París, la bravura del príncipe de Joinville y del duque de Chartres, y sobre todo los talentos y la competencia militar del duque de Aumale. Esencialmente parlamentarios y liberales, los orleanistas vivían algo apartados del clero; daban á entender que Francia volvería á encontrar con ellos una era de prosperidad, lejos de las crisis y de las aventuras, con la práctica de una libertad prudente. Muchos de ellos, y principalmente los adictos al duque de Aumale, no estaban lejos de adherirse á una república conservadora y moderada.

En resumen, la situación electoral era confusa. No había plana mayor, ni experiencia, ni programas. Buena voluntad y prudencia en todas partes, inclinación á tener en cuenta las crueles lecciones que se acababan de recibir, y dos notas dominantes: odio á la dictadura y vivo deseo de una pronta paz.

En el fondo, la verdadera división del país estribaba en la cuestión religiosa. Por una parte, creencias antiguas, una solución tradicional del problema del destino, la sumisión de la mayor parte de las familias á los ritos y á las costumbres de la religión católica, apostólica y romana. Por otra parte, el libre pensamiento, la duda de Montaigne, la risa de Voltaire, la afirmación de Augusto Comte, la idea de una humanidad aplicándose á la obra precisa de las realidades y reconstituyendo su moral y sus ideales sobre la doble base de la

naturaleza y del progreso; una convicción profunda de que la enseñanza de la Iglesia es contraria al desarrollo de la civilización y de la ciencia, que el gobierno de los curas es siempre de temer, que el jesuita y la congregación acechan á la sociedad y se hallan en vísperas de un triunfo decisivo. Y enfrente del clero, que la nación mantiene y reconoce por medio del voto del presupuesto de cultos, una organización oculta, pero poderosa: la de la francmasonería, activísima, mezclada con la sociedad y apasionadamente atenta al problema de la instrucción laica. De parte de unos y otros, sordos rencores, tendencias sectarias, una lucha palmo á palmo aun en las más pequeñas aldeas, y hasta una intransigencia agresiva contra los pocos hombres que, elevándose por encima de ambos partidos, reconocen que los dos representan fuerzas nobles y útiles, y haciendo un llamamiento á la tolerancia y á la necesidad de vivir amigablemente en común, se consagran sobre todo al culto de la patria y aconsejan á todos, con la recíproca suavidad, la paciencia de la vida.

Estos sentimientos mal definidos, pero profundos, existían en el fondo de las almas, al ser consultado el país, en aquellas horas tristes y sinceras, en presencia del enemigo, y se reflejaron en la composición de la asamblea.

El decreto de 29 de enero de 1871 había fijado en 768 el número de diputados, número reducido luego á 738 por el tratado de Francfort. El escrutinio del 8 de febrero sólo envió 630 representantes á Burdeos, á causa de la pluralidad de elecciones de ciertos candidatos. Thiers resultó elegido en veintiséis departamentos, y el general Trochu y Gambetta tuvieron los honores de nueve elecciones, resultando otros candidatos elegidos en varios departamentos.

Las grandes ciudades depositaron, en general, su confianza en los veteranos de la democracia, pero las poblaciones rurales siguieron á los jefes cuyas opiniones eran simplemente favorables al régimen parlamentario. La nobleza que había tomado las armas durante la guerra, estaba representada por doscientos diputados; el clero lo estaba por un obispo, monseñor Dupanloup, y los padres Marhallach y Jaffré. Fueron elegidos el conde Joaquín Murat, el príncipe de Joinville y el duque de Aumale. Desde el punto de vista de la clasificación de los partidos, la Asamblea nacional comprendía: unos doscientos republicanos, la mitad moderados y la otra mitad radicales; cuatrocientos conservadores monárquicos, divididos en fracciones casi iguales, entre orleanistas y legitimistas, y unos treinta bonapartistas.

Muchos de los republicanos notables eran hombres de 1848 y 1849, tales como Esteban Arago, Arnaud, Luis Blanc, Hipólito Carnot, Dufraisse, Duprat, Ferrouillat, Gambón, Gent, Julio Grevy, Víctor Hugo, Enrique Martín, Ledru-Rollin, Joigneaux, Lefranc, Félix Pyat, Quinet, Rolland y Schœlcher. Otros habían pertenecido á las asambleas de la segunda República y al Cuerpo legislativo del Imperio, como Esquirós, Manuel Arago, Julio Favre y Julio Simón. Algunos habían dirigido la oposición democrática en el Cuerpo legislativo, sobresaliendo entre ellos Dorián, Julio Ferry, Gambetta, Eugenio Pelletán y Ernesto Picard. Los demás habían llamado la atención por el ardor de sus convic-

ciones republicanas ó por los servicios prestados al gobierno de septiembre, y entre ellos figuraban Edmundo Adam, Sadi Carnot, Carlos Floquet, Clémenceau, Lepère, Littré, Tolain, Naquet, Peyrat y Rochefort.

El partido orleanista contaba también algunos miembros de las antiguas asambleas: el marqués de Gouvión Saint-Cyr, ex par de Francia; los generales Changarnier y Le Fló, el marqués de Maleville y los Sres. Bocher, Martel, Bodet y Saint-Marc-Girardin, que habían pertenecido á los Parlamentos de la Restauración ó de la segunda República; Chesnelong y el conde Daru, antiguos miembros del Cuerpo legislativo. Figuraban también en este partido el general Ducrot y el almirante Fourichón; varios miembros de la alta nobleza, tales como el duque de Audiffret-Pasquier, el duque Alberto de Broglie, el marqués de Castellane, el duque Decazes y el vizconde de Haussonville, y varios diputados que iban á distinguirse por la importancia ó la originalidad de sus papeles y que se llamaban Batbie, Beulé, Deppeyre, Ernoul, Gavardie y Target. El Sr. Buffet permanecía algo retraído.

De los cuatro partidos que dividían la Asamblea nacional, el legitimista era el que contaba menos notabilidades. En primer término, había media docena de miembros de las antiguas asambleas, Aubry, D'Azy, Fresneau, el barón de Larcy, el vizconde de Meaux y el marqués de Vogüé; en segundo término, varios hombres de gran posición ó de alta honradez, tales como Cazenove de Pradine, el marqués de Dampierre, el almirante Dompierre d'Hornoy, el vizconde de Gontaut-Birón, Audrén de Kerdel, Luciano Brun y Baragnón. A estos hombres distinguidos les faltaba un jefe.

Entre los bonapartistas había pocos nombres que evocasen recuerdos ilustres ó recordasen altos méritos: Fourtou, Gavini, el conde Joaquín Murat, Pouyer-Quertier y nadie más.

Como todas las asambleas, la de 1871 comprendía cierto número de individuos que oscilaban de derecha á izquierda ó tenían por norma obedecer á las necesidades gubernamentales. Estos independientes habían de constituir el centro izquierdo de la asamblea y entre ellos figuraban Baze, Bethmont, Casimir-Perier, Desseigny, Dufaure, Javal, Víctor Lefranc, León de Maleville, Teisserenc de Bort, Vitet y Wallón, que habían pertenecido á parlamentos anteriores, y Beranger, Féray, Lanfrey, el almirante Pothuau, León Say, el conde de Tocqueville y Waddington, que ejercieron verdadera influencia en el seno de la asamblea ó en los consejos del gobierno.

Algunas eminencias, muchos hombres de talento, aunque, en su mayoría, de poca experiencia práctica, y una gran masa de gente de bien, tal era la asamblea que el país había elegido á su imagen y enviado á Burdeos.

III

La claridad del relato exige que retrocedamos al 2 de septiembre, para seguir en sus etapas al ejército invasor.

Media hora después de la capitulación de Sedán, todo el ejército alemán recibió las primeras órdenes de marcha y tomó el camino de París, á excepción del XI.º cuerpo prusiano y del I.º cuerpo bávaro, reserva-

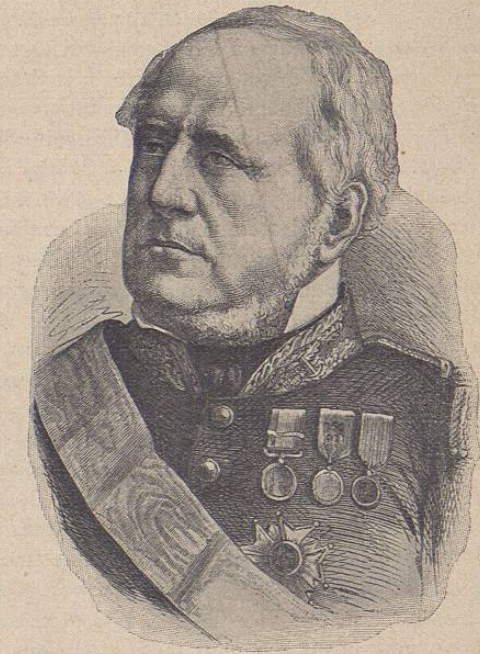
dos para la custodia de los prisioneros que se habían acumulado en la península de Iges, de siniestra memoria. El ejército del príncipe real de Sajonia siguió la ruta de Creil, Compiègne y Soissons; y el del príncipe real de Prusia el camino de Reims, Epernay, Montmirail, Coulommiers, Creteil y Villanueva de San Jorge. El 15 de septiembre, por medio de una orden de una precisión matemática, el general Moltke designó la situación de los diferentes cuerpos de ejército en torno de París. Dos días después, los sitiadores, con sus 122.000 infantes, sus 25.000 jinetes y sus 622 cañones, ocupaban, delante de los 35 kilómetros del recinto, un frente de 80 kilómetros. El cuartel general, instalado en Versalles, fué puesto en comunicación con el Estado mayor de los dos ejércitos por medio del telégrafo militar. La caballería, dejada á espaldas de las líneas sitiadoras, estuvo encargada de hacer, dentro de un radio de diez ó doce leguas alrededor de la capital, grandes patrullas de requisición, que bastaron al principio para alimentar al ejército invasor. Cuando la Isla de Francia, agotada por el enemigo, negóse á proporcionar trigo y forraje, los ferrocarriles destruidos por la Defensa fueron restablecidos y prolongados hasta las líneas alemanas; explotadas por empleados alemanes, éstos transportaron por ellas las provisiones hasta el último día, con la misma regularidad que el material y las tropas de refuerzo. El ejército sitiador fué aumentado hasta 250.000 hombres, la caballería hasta 38.000 y el número de cañones hasta más del doble en vísperas del bombardeo de la meseta de Avrón, preludio del bombardeo de la parte de París situada á la izquierda del Sena.

Los alemanes emplearon cuatro meses en fortificar sus posiciones, en levantar la triple barrera que separó París del resto de la Francia y del mundo. Las casas de campo fueron convertidas en pequeñas ciudadelas, y las que estaban demasiado apartadas una de otra fueron enlazadas por trincheras. Cerráronse con barricadas las entradas de los pueblos y las talas de árboles presentaban obstáculos infranqueables hasta para la infantería.

¿Qué murallas, murallas de piedra ó murallas humanas, podía oponer París á los alemanes? Si su resistencia excedió á todas las previsiones, debióse menos á la fuerza del recinto fortificado y de las obras exteriores que al sistema de ataque adoptado por los alemanes, que, en realidad, no sitiaron, sino que bloquearon á París. El recinto y las fortificaciones, en número de 15, databan de una época en que el mayor alcance de la artillería no pasaba de 1.600 metros. Aun con este corto alcance, las fortificaciones se hallaban dominadas por las alturas de Ormesson y de la Butte-Pinson al Norte, de Avrón al Este, de Chatillón al Sur y de Montretout al Oeste. Como los frentes Oeste y Sur eran los más débiles, el general de ingenieros Chabaud-Latour había tratado de remediar á esta inferioridad empezando á construir, á primeros de agosto, reductos en Genevilliers, Montretout, Brinborión, Meudón, Chatillón y Hautes-Bruyeres. A excepción de este último punto, los trabajos estaban concluidos en 19 de septiembre; pero vinieron á ser inútiles á consecuencia de la batalla de Chatillón. Empezados más pronto y realizados con mayor actividad, hubieran puesto á París al abrigo del bombardeo.

Durante la entrevista de Ferrieres, Bismarck jactóse de poder tomar uno de los fuertes de París en cuatro días, y en más de cuatro meses no fué tomado ninguno, ni vió apagado su fuego.

Los recursos de los sitiados en hombres, y en soldados sobre todo, eran muy inferiores á sus recursos defensivos. Los cuerpos 13.º y 14.º, mandados por Vinoy y Renault, y los marinos ó soldados de infantería de marina bajo el mando del vicealmirante La Roncière-Le Noury, eran casi las únicas fuerzas regulares, en número de 60.000 hombres, muy desigualmente instruidos y experimentados. Los 115.000 guardias móviles se dividían en móviles de provincias y móviles de París.



El almirante La Roncière le Noury

En 20 de septiembre, los móviles del Sena que se hallaban de guarnición en el monte Valeriano evacuaron voluntariamente esta fortaleza que era la llave de París, exponiéndose á que el enemigo se apoderase de ella, y al final del sitio, en enero, desertaron en número de 500 la gran guardia de la Courneuve. Más dóciles al principio, los de provincias, una vez mezclados en la vida de París, contrajeron tristes enfermedades y hábitos de insumisión y de embriaguez.

La guardia nacional perdió en solidez y en valor á medida que aumentó el número de sus batallones. Fué una baraúnda, cuando contó 286 batallones en vez de 60, y 344.000 hombres. Cuando se la quiso organizar en guardia movilizada, sólo hubo 7 ú 8.000 nacionales que respondieron al llamamiento, y cuando se resolvió formar regimientos de guerra con los hombres más robustos de veinte á cuarenta años, la hora de los esfuerzos decisivos había pasado. Los regimientos de la guardia nacional que tomaron parte en la última batalla se batieron con bravura, pero se mostraron incapaces de una resistencia algo prolongada y prontos al pánico. Lo mismo diremos de los cuerpos francos de cazadores: algunas compañías admirablemente mandadas, como los exploradores de Franchetti, prestaron grandes servicios; las otras hicieron más daño que provecho.